

Leche materna

Primera edición: Junio, 2021

Título original: *Mātes Piens*

© Nora Ikstena, 2015. Todos los derechos reservados  
por la autora y «Dienas Grāmata», Ltd.

© de la traducción: Rafael Martín Calvo, 2021

© Vaso Roto Ediciones, 2021

ESPAÑA

C/ Alcalá 85, 7º izda.

28009 Madrid

vasoroto@vasoroto.com

www.vasoroto.com

Imagen de cubierta: Maite Rabanal

Este libro se ha publicado con el apoyo de la  
plataforma Latvian Literature y del Ministerio  
de Cultura de la República de Letonia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la  
autorización de los titulares del *copyright*,  
bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
la reproducción total o parcial de esta obra  
por cualquier medio o procedimiento.

ISBN: 978-84-123598-9-3

BIC: FA

Nora Ikstena  
**Leche materna**

Traducción de Rafael Martín Calvo



**Vaso Roto** Ediciones



Kultūras ministrija



No recuerdo el 15 de octubre de 1969. Hay quien jura que recuerda su nacimiento, pero no es mi caso. Es probable que estuviera bien orientada en el vientre de mi madre porque el parto fue natural, ni muy largo ni muy corto, con las últimas contracciones llegando cada cinco minutos. Mi madre tenía veinticinco años cuando me dio a luz. Estaba joven y tenía buena salud, aunque, como quedó claro bien pronto, esto no sería del todo cierto. Recuerdo, o al menos alcanzo a imaginarme, la serena y radiante calma de octubre entreverada con malos presentimientos de un largo período de oscuridad. Octubre es un mes límite, al menos en lo tocante al clima de estas latitudes, donde las estaciones se encuentran bien diferenciadas y el otoño da paso lentamente al invierno.

Lo más probable es que los árboles lucieran hojas doradas y que nuestra portera estuviera barriéndolas del patio, murmurando maldiciones. La portera había llegado con su familia desde el soleado Kirguistán y, dada la alta cualificación de su trabajo, pronto consiguió un piso en el número veinte de la calle Mičurina. Su hija pequeña, de ojos rasgados, se sentaba en el alféizar de la ventana, sorbía su sopa de remolacha e invitaba alegrementemente a todo el mundo a su casa. La grandiosidad de preguerra del apartamento –ocupado anteriormente por una familia judía que se vio obligada a abandonarlo en 1941, cuando la deportación a Siberia les ahorró el tener que llevar estrellas amarillas en la

espalda apenas unos meses más tarde, durante la ocupación nazi de Riga- había sido trasformada para reflejar el ideal estético de la mujer kirguiza. Pesadas alfombras cubrían ahora el parqué, había platos de porcelana repletos de pipas de girasol y las escupideras se alineaban sobre la tapa del piano. Épocas y religiones se encontraban completamente revueltas en aquel espacio. E igual ocurría en el resto del edificio al que me llevaron, al piso número trece, bien envuelta como una crisálida, según la costumbre de aquella época.

En ocasiones tengo un sueño del que despierto con una sensación de náusea. Tengo el rostro contra el pecho de mi madre e intento mamar. Es un pecho grande, repleto de leche, pero no consigo sacar nada. No veo a mi madre ni tampoco ella me ayuda. Estoy allí, luchando a solas con su pecho. Entonces, de repente, consigo cogerme al pezón y la boca se me empieza a llenar de un líquido amargo y repulsivo que casi me ahoga, hasta que por fin despierto, sintiendo arcadas.

Es extraño sentirse así de distante, de lejana, de algo tan natural y noble, tan hermoso y celebrado a través de los siglos. Una madre que alimenta a su bebé. Su rostro esplende repleto de luz, sus ojos contemplan el milagro celestial acurrucado entre sus brazos. Y los ojos de la criatura, desvalidos, totalmente confiados, contemplan a su vez los de la madre. Se entretienen las voces de la naturaleza: la leche que mana del pecho materno es el agua de la vida que alimenta al recién nacido y así los lazos entre madre e hijo devienen perdurables, eternos.

Mi madre, una joven médico entonces, quizá temiera que su leche pudiese hacerle más mal que bien a su hija recién nacida. ¿Cómo explicar si no su desaparición justo después de dar a luz? Estuvo huida durante cinco días y cuando regresó tenía los pechos doloridos. La leche se le había secado.

Desesperada, mi abuela materna me dio manzanilla durante dos días, pero después tuvo que acudir a la clínica infantil. Allí, una médico desconfiada le echó una bronca en ruso y trató a mi

madre de fulana, aunque terminó por firmar una autorización para que mi abuela recibiera fórmula infantil para alimentarme.

Durante los veinte años que viví con mi madre nunca pude preguntarle por qué me había negado a mí, a un bebé pequeño y desamparado, el alimento de su pecho. No pude preguntárselo porque no sabía que lo había hecho. En todo caso, quizá hubiera sido una pregunta inapropiada porque, tal como transcurrieron nuestras vidas, fui yo quien terminó por hacer de madre de ella.

\* \* \*

No recuerdo el 22 de octubre de 1944. Pero puedo imaginarme Riga recién liberada de los nazis. La metralla de las bombas ha hecho añicos las ventanas de la sala de maternidad. Hay humedad y frío, y las mujeres recién paridas se arrebujan indefensas con sus propias sábanas ensangrentadas. Enfermeras y médicos exhaustos beben aguardiente y envuelven con trapos a los bebés muertos. La epidemia que todos llaman fiebre tifoidea está en su apogeo. Ecos de llantos y lamentos, bombas silbando por el aire. Entra por las ventanas el olor a quemado. Mi madre me saca a escondidas de la sala de neonatos, bien envuelta contra su pecho. Me echa unas gotas de leche por la naricilla, de donde enseguida brota una mezcla de pus, leche y sangre. Me atraganto y respiro, me atraganto y respiro.

De repente, todo es silencio y calma. Un caballo tira de un carro por el soleado camino otoñal que conduce a Babīte, en las afueras de Riga. Mi padre hace varios altos para que mi madre pueda alimentarme. Ya no me atraganto. Respiro con normalidad y bebo su leche con avidez. Tenemos una casa encantadora en los bosques de Babīte. Apenas hay muebles, ni siquiera una cuna, pero mi madre me prepara una camita en una maleta grande.

Mi padre contempla cada mañana cómo prospera su plantío de abetos. Todo va bien hasta la Navidad, cuando llega al bosque

un camión lleno de soldados gritando en un idioma que mis padres desconocen. Los soldados bajan del camión y comienzan a talar los pequeños abetos.

Mi padre sale corriendo de la casa, hacia el bosque, pero antes encierra a mi madre en una habitación trasera. Ella, a su vez, me esconde en la maleta, en la que hace unos agujeritos para que yo pueda respirar. Mi padre sale gritando, «¡Sinvergüenzas, cabrones!», e intenta proteger sus abetos. Los soldados lo golpean hasta hacerle sangrar y después lo arrojan al camión, junto a los abetos talados. Acto seguido, registran toda la casa, maldiciendo y pateando las puertas. En la habitación cerrada con llave, mi madre se acurruca dentro de un armario, aguantando la respiración. Se aferra a la maleta en su regazo, conmigo en su interior. Los soldados continúan saqueando la casa; el estruendo es aterrador. Hasta que finalmente todo vuelve a quedar en silencio y sólo se oye el rugido del motor del camión al alejarse.

Mi madre sale del armario al amanecer del día siguiente. Me da de mamar y me envuelve contra su pecho. Se viste con varias capas de ropa de abrigo y comienza a andar de regreso a Riga. Atardece ya cuando llegamos al piso número trece de la calle Tomsona, que pronto pasará a llamarse calle Mičurina<sup>1</sup>. Aunque está exhausta, mi madre debe tapar aún los destrozos que las bombas de los ataques aéreos han causado en las ventanas. Si no, nos congelaremos las dos.

\* \* \*

No sé cómo mi abuela y mi madre trataron entre ellas la desaparición de esta última porque es algo que nunca oí mencionar. A lo largo de toda mi infancia, el aroma a leche materna fue sustitui-

---

<sup>1</sup> Tras la ocupación de Letonia, el régimen soviético cambió el nombre de un gran número de calles en todo el país, celebrando a personalidades afines al ideario del régimen (N. del T., aquí y en adelante).